

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe se librará anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA.

GERONA.

DETALLES HISTÓRICOS.

Restos de una puerta del tiempo de la dominación romana.

Con el completo derribo del torreón y arco que se alzaba al Sur de la calle de la Forsa, en otro tiempo del Call, hánse hallado restos de la antigua fortificación de la ciudad, restos apreciables para la historia de Gerona.

Efectivamente, al examinarlos, la imaginación se remonta á épocas remotas, evocando las sombras de aquellos ardientes guerreros que queriendo vengar agravios y deseando estender el dominio del Pueblo rey, acaudillados por los Scipiones, llevaron sus armas vencedoras á España, arrojando de ella á los cartagineses.

Gerona, esta ciudad vetusta, en cuyo origen se ciernen mil misteriosas tradiciones, ¿tenia ya en esta época circumbalado de murallas su recinto?

No tenemos ni historias, ni documentos que lo acrediten.

Sin embargo, presumible es que así sea,

desde luego que á la vuelta de algunos años, recibió del gran Pompeyo los honores de *Ciudad latina*; honores que no se tributaban sino á poblaciones de alguna importancia.

Verdad es que ésta la adquiriria, en gran parte, posteriormente á la conquista, á causa de hallarse bastante cercana á Ampurias, de cuyas grandezas y esplendor participaria; pero es dable conjeturar que, por la posición que ocupa la ciudad, se la tendria por un buen punto de estrategia militar y estaria convenientemente defendida.

Mas tarde, tres grandes partidos fraccionaban la república de Roma, augurando su ruina, representados por Mário, por Sila y por Pompeyo, y poco despues por César; y Gerona prestaria algun servicio á la causa de la aristocrácia, cuyo ídolo era Pompeyo, y éste agradecido la honraria con el dictado de ciudad latina.

Bajo este concepto, Gerona ejerceria ya alguna influencia en la política de aquella época, y de presumir es que de mucho tiempo estuviese ya circuida de murallas, mas ó menos elevadas.

Lo que tal vez hicieron los romanos, seria regularizar mas la fortificación estendiendo los ámbitos de la ciudad.

Así es, que al derribo del indicado torreón hánse hallado en su interior restos de una torre cuadrilátera, compuesta de grandes piedras calizas, y rodeada de otras areniscas, las cuales corren parejas con las labradas que acaban de encontrarse entre la tierra y peñas que rellenaban el paredón de la izquierda de la calle.

De estas piedras, unas tienen esculpidas varias figuras en estilo griego; otra, un busto con un brazo que lleva el dedo á la nariz, como si quisiera significar el silencio, y otra, que son dos cabezas unidas por su parte occipital, parece ser un capitel para dos columnas.

¿A que estarían destinados semejantes fragmentos?

Por lo que llevamos indicado, se infiere que donde existía en la edad media la puerta del Call, en tiempo de los romanos habria una puerta decorada con varios labores, de que deben ser restos los descritos.

La forma de la mayor de aquellas piedras, cuyas esculturas consisten en una cabeza de toro, las estrias del orden dórico y una especie de estrella ó bien un jarro; da indicios para creer, con bastantes probabilidades de certeza, que es el fragmento de un friso, así como la que lleva en relieve el busto, parece ser un adorno de intercolumnio.

La causa del derribo de semejante puerta, solo podemos buscarla en las invasiones posteriores, de que fué objeto todo el vasto territorio en que dominaba el imperio de los Césares.

Al penetrar en Gerona las hordas del Norte, en su furor de devastacion y arrastrados por el odio que les merecia todo lo romano, destruirian en ella cuanto hubiese levantado la cultura de los vencidos, y el monumento de que formaban parte los restos recién hallados, pudo ser víctima de la

ignorancia y barbarie de los invasores.

Mas tarde, pasadas esas épocas de fatalidad que pesaron sobre la Europa, como una mano de hierro; apenas civilizada la nueva sociedad por el genio vivificador del Cristianismo, nuevas calamidades affligieron á toda la España.

Hablamos de la invasion de los árabes.

Destruido el imperio Godo por las armas sarracenas, Barcelona y Gerona quedaron como á poblaciones principales, por haber sido destruidas Tarragona, Ausa, (Vich) Urgel y Ampurias, estando bajo la obediencia del Wali ó gobernador Suleiman.

Sin embargo, temiendo este ser molestado en su gobierno, ofreció homenaje á Pepino, rey de los francos. Muerto éste, sucedióle Carlo-Magno, á quien en 777 Suleiman mandó embajadores, ofreciéndole homenaje.

En el año siguiente, Carlos recibió la obediencia de Huesca, Barcelona y Gerona, y en este mismo tiempo empezó una época de azares y continuas luchas para esta ciudad, siendo incesantemente tomada y reconquistada, ya por los francos ya por los sarracenos, siempre con mucho derramamiento de sangre por una y otra parte.

De consiguiente, no ofrece duda que la puerta romana, cuyos fragmentos hemos intentado describir, aunque la hubiesen respetado los invasores septentrionales, se hubiera destruido durante esas encarnizadas luchas que duraron por espacio de mas de un siglo.

N. Blanch é Illa.

A LA AUSENCIA DE ANITA.

Quando su capullo inclina
La flor y á la tierra besa,
Porque el aura vespertina,
Los espacios atraviesa;

Cuando el sol su lumbre deja
 Y se oculta en el poniente;
 Cuando lastimera queja,
 El buhío lanza doliente;
 Cuando en torre silenciosa,
 De triste campana el son;
 Nos anuncia religiosa,
 Que ha llegado la oracion;
 Cuando en plazas y paseos,
 En la vega y en el valle,
 Se abandonan los recreos,
 Y á nadie se ve en la calle;
 Cuando al descanso entregado
 Halla el viviente consuelo...
 Yo solo soy desdichado;
 Yo solo soy el que velo!
 Yo solo siento en el alma
 El rigor de mi destino!
 Yo solo perdí la calma
 En apenado camino!
 Mi pobre agitado pecho,
 Por tu ausencia amada mia,
 Esta abrumado, desecho
 Y en convulsiva agonía.
 ¡Idolo mio, mi bien!
 Vente pronto por favor;
 Que á tu lado está el Eden
 Y lejos de tí el dolor.
 Padezco querida tanto,
 Que el corazon en pedazos
 Hallarás, cuando á mis brazos
 Vuelvas, si tardas, ¡mi encanto!
 Ven Anita ven por Dios,
 Que lloroso te lo ruego;
 Vivamos juntos los dos
 Siempre en amoroso fuego.
 Vuelve á mi lado ligera;
 Te aguardo con frenesí;
 No consentas, no, que muera
 Quien solo vive por tí.

A. A.

UNA CASA COMO HAY MUCHAS.

Marido entrado en edad,
 y muger de pocos años
 ¿qué habia de suceder?

«Martinez de la Rosa.»

No se alarmen nuestros lectores al ver el título de esta inofensiva produccion; no teman que, á fuer de malos amigos, vayámos á meternos en su casa y que les saquemos al balcon, como si fueran pañales infantiles, ninguna clase de trapillos con los cuales les hagamos salir los colores á la cara.

Nuestro intento es algo mas prudente que

todo esto, ya que no sea mas caritativo; y así podrá conocerlo cualquiera que, sin prevencion alguna, se fije un poco en el título mismo de nuestra humilde obra.

Efectivamente ¿qué es lo que con él ofrecemos presentar á la vista de nuestros lectores? Poca cosa por cierto; una bagatela; la perspectiva interior de una casa, pero no determinadamente la de esta, de aquella ó de la de mas allá, pues esto ya seria otro cantar, sino la de una igual ó muy parecida á otras muchas. Por consecuencia, generalizado hasta tal punto el tipo de la casa en cuestion, será tarea completamente inútil la de que nadie se quiebre la cabeza buscando similitudes y haciendo comparaciones gratuitas, porque nuestro cuadro, mas que pintura hecha con pincel, es verdaderamente una especie de grosero mosaico compuesto de piedrecillas tomadas de varios lugares en distintas ocasiones y circunstancias.

Y lo que decimos hoy por lo que toca á este artículo, debe servir de norma para los demás que sobre otros asuntos tal vez publicaremos; salvedad que anticipamos con el fin de no haber de dar nuevas esplicaciones en lo sucesivo.

Con que ténganlo entendido nuestros lectores; nada de personalidades, ni cosa que se le parezca; pues nuestro objeto no es el de incomodar á nadie, sino el de entretener y divertir á todo el mundo hasta donde buena mente alcancen nuestra poca gracia y habilidad.

Hecha esta especie de profesion de fé, creemos que no habrá inconveniente en que nos metamos en la susodicha casa.

Entremos, pues, en ella.... pero no hay necesidad de que nos cansemos en subir y bajar escaleras: desde fuera la podemos ver sin tomarnos este trabajo. Vaya pues de cuento.

En cierta ciudad, cuyo nombre no les importa saber á nuestros lectores, existia tiempo atrás un comerciante, que con su inteligencia y laboriosidad habia logrado hacerse en pocos años con un capitalito bastante regular.

Tenia nuestro hombre sus treinta y cinco bien cumplidos; y hastiado de la continua ocupacion de los cálculos y de la monotonía del estado célibe, pensó en buscar una compañera con quien pudiese llevar una vida mas variada, y mas *feliz* sobre todo; bello ideal que los solteros se forman siempre de las cosas del matrimonio.

Al modo que todos los hombres de su edad, quiso D. Pantaleon, este era el nombre del comerciante, que su muger fuese jóven, y no solo jóven sí que tambien bonita y no solo boni-

ta y joven, sí que igualmente juiciosa y discreta, y.... en fin con todas las buenas circunstancias propias de una mujer. Pero ¿dónde encontrar á ese raro fénix? Preguntando se va á Roma, y con dinero todo se halla.

D. Pantaleon echó, pues, á volar sus ojos por esos mundos de Dios, y al fin la perla que buscaba, la encontró en el seno de una familia menesterosa; circunstancia para él de gran valía, como que estaba en la persuacion de que las virtudes domésticas y el arte del buen gobierno de la casa eran fruta bastante difícil de hallar entre las clases acomodadas. Lo que sobran en todos tiempos son mugeres pobres para hombres ricos, y así D. Pantaleon pudo decir como César; *veni, vidi vici*. Ganó el reducto á paso de carga. Ya le tenemos metido en el gremio de S. Marcos: ya está casado con Marica, convertida desde este momento en toda una D.^a Mariquita: ya logró lo que deseaba. Veremos como le salen las cuentas.

La sociedad miró al principio con malos ojos la desigualdad de este casamiento; y se mostró algo circunspecta y desdeñosa con la consorte del comerciante; pero fué muy transitorio el efecto de esta impresion, porque D. Dinero, que allana los mas difíciles accesos y borra la memoria de los orígenes mas oscuros, hizo olvidar bien pronto la imagen de Maria la pobre, facilitó la entrada en grandes salones á D.^a Mariquita la rica, y trajo á su vez á los de esta; una selecta y lucida concurrencia. A este cambio contribuyeron en gran parte la hermosura de la muchacha que era ciertamente un poderoso reclamo, á lo ménos para los hombres, y sobre todo la viveza y el natural talento con que supo entrar enseguida en los trotes del buen tono, si es que para ello se necesite algo mas que desparpajo y un poquillo de desenvoltura.

D. Pantaleon estaba hecho un bobo, como lo está naturalmente, mientras dura el pan de la boda todo el que se casa, máxime creyendo, como creen todos, haber hecho la adquisicion de una grande alhaja; y así ébrio de amor y de satisfaccion, se durmió tranquilamente en un lecho de rosas.

Al fin despertó, del mismo modo que al cabo de mas ó ménos tiempo despiertan todos los casados; despertó con el natural sobresalto que causa el ruido de una casa que se hunde. El melon le habia salido calabaza á nuestro comerciante. La hija del pueblo era mas derrochadora que la señora mas encopetada y faustuosa. Maria no se acordaba ni de lo que fué ayer, ni de lo que podia ser mañana.

Pasaron años; vinieron hijos, crecieron las obligaciones, pusieron de mal talante los negocios de la casa; los recursos fueron menguando, y para nuestra Marica no habia ni señal alguna de enmienda; pues siempre continuaba siendo la misma mujer. Siempre de visita: siempre de funcion, lo mismo profana que religiosa; siempre al rededor con el peluquero, siempre á vueltas con la planchadora y la modista; siempre con sus novelas entre manos, siempre en fin ocupada con sus billetes y citas amorosas.

Y como dicen que en este mundo todo se pega menos la hermosura, parece que, para mayor dicha, hubo de pegársele algo del carácter de su mujer á D. Pantaleon, quien se habia dado algun tanto á la briba, pues se escedia en el vestir, y fumaba sus buenos puros, y concurría al café, y jugaba su tresillito, y corria á caza de muchachuelas, y era empresario de uno de los teatros de la ciudad, y como tal empresario, y como cosa de rúbrica, andaba al retortero de una graciosa bailarina que le correspondia, no *gratis ad amorem* pues esto ya no es de moda, sino *por cuanto vos contribuisteis*, que es lo que está mas en uso en el dia.

Ya pueden presumir nuestros lectores, qué tal iria con este orden de cosas la educacion de los tres hijos que habia echado al mundo aquella venturosa pareja. Pero ¿para qué necesitan la educacion y las letras los hijos de ricos?

Escasísimas eran pues las de Alfredo, que era el primogénito, si bien que en cambio sabia montar, tirar el florete, columpiarse en el gimnasio, bailar, y tocar el piano con tanta destreza, habilidad y precision, que casi podia apostárselas con sus mismos maestros. Tan dispuesto era para todo, escepto para las letras, que á los diez años ya andaba por las calles echando tanto humo por la boca, á los doce tenia su correspondiente querida y á los diez y seis ya la habia sacado de casa de sus padres, resuelto á casarse con ella.

A la misma altura se hallaba la educacion de sus hermanas Luisa y Adela, salvas las diferencias naturales de sexos y caracteres. Una y otra no eran mas que dos señoritas de tocador y piano; y fuera de bordar una petaquita con sus iniciales para dársela á su amante, y de trabajar alguna otra chuchería por el estilo, no habia que pedirles nada mas. Por supuesto que no sabian empezar y con-

cluir una calceta, y menos aun el modo de cortar y coser el cuello de un camisolín. Pero ¿qué falta les hacian estos conocimientos? ¿Acaso se acordaban de que sus maridos habian de llevar medias y calza?

Los asuntos de la casa iban cada dia tomando peor aspecto, llegando un dia en que se vió gravemente comprometido el honor del crédito de la misma casa; acontecimiento que hizo cambiar de rumbo á D. Pantaleon, obligándole á ocuparse con mas asiduidad de sus negocios y á entrar en el camino de las economías domésticas.

En peor ocasion no podia venir este contratiempo con todas las consecuencias que produjo, puesto que cabalmente D.^a Mariquita llevaba entre manos el proyecto de enlace de Adela con un rico y elegante jóven vecino de la ciudad. Pero ¿qué es lo que no hace una madre en semejantes casos? Las que lo son pueden decirlo; pues nosotros no lo hemos sido, ni llevamos traza de serlo en nuestra vida.

D.^a Mariquita queria casar á su hija con todo el fausto y esplendor correspondiente á su posicion social, y para ello necesitaba mucho dinero; pero D. Pantaleon se habia cerrado en banda, y costaba un triunfo el arrancarle un cuarto.

Nunca ella le habia querido gran cosa que digamos, como matrimonio de conveniencia que habia sido el suyo; pero desde este momento no vió ya mas en él, que la verdadera imágen de un tirano. Y con mucha razon en verdad; porque no hay monstruo mas abominable que el marido que, con causa ó sin ella, no se presta á todas las prodigalidades de su esposa. ¿Qué otro medio le queda mas que el de la astucia y del engaño á la muger desventurada que dá con semejante tigre? A él pues apeló el genio insigne de nuestra buena Mariquita. Veámos como.

Hubo si-as, tanto en la cantidad como en la calidad y peso de los alimentos cotidianos; se acudió secretamente al sistema de empréstitos con empeño de alhajas y pago de intereses muy crecidos; redujéronse á metálico todas las prendas viejas ó pasadas de moda que se hallaban en la casa, y se entró además por asalto en la dispensa, en la bodega y en los graneros, de donde fueron estraidos furtivamente y enagenados á poco precio sendos tajos de tocino, largas azumbres de vino y aceite, y algunas fanegas de trigo.

Recurrióse además á otro expediente muy ingenioso, aunque bastante comun. Suponga-

mos que Adela necesitaba una mantilla; que el valor de esta prenda, despues de muchas idas y venidas y de un grande y pesado regateo, habia quedado fijado en 60 duros, y supongamos en fin que los recursos del erario particular de D.^a Mariquita no llegaban mas que á unos cuatrocientos reales escasos. Ahora bien ¿qué dirán VV. que hacia nuestra buena financiera? Una cosa muy sencilla: hacerle pagar al viejo la resultancia del déficit. Pero ¿cómo? ¿de qué modo? No nos apuremos por esto y dejemos obrar al escelso númen de D.^a Mariquita. Esta, en ocasion dada, tomaba la cajita, y se metia de rondón en el bufete de su marido, el cual, al verla entrar con el recado, torcia el gesto, daba un angustioso suspiro, bajaba la vista sobre el papel, y... en una palabra formaba el cuadro. Empero ella no lo entendia; digámoslo mejor, no queria darse por entendida, y así resueltamente, si bien con todas las reglas del arte y de la ciencia, empezaba la formalizacion del ataque. Destapaba pues, la caja, estendia la mantilla poniéndola encima de papeles para que se viera mejor el dibujo de sus ramos y calados; ponderaba hasta las nubes su buena calidad y belleza; suponía que una persona necesitada (la viuda de un capitán por ejemplo) se veía en la precision de venderse para comer y que por esta razon la daba por la mitad del precio, pues cuando la compró costóle cinco onzas como cinco elefantes; encarecia por último la *necesidad imprescindible* que habia de que se le comprase una á la pobre Adela, y así, despues de mil giros y rodeos por parte de la una, y de una resistencia sumamente obstinada por parte del otro, concluía al fin la cosa rindiéndose á discrecion nuestro comerciante, y aflojando en su consecuencia los 40 duros que faltaban para la compra de una prenda *tan barata*. ¡Tan cierto es aquel dicho del autócrata, «de que hay imposibles hasta para los mismos héroes!» Y esta clase de gangas pasaban con harta frecuencia, siendo lo mas notable, que entre las varias que D.^a Mariquita proporcionaba á su marido, hubo vez en que le hizo pasar como prendas de agena procedencia algunas sábanas de su propiedad, salidas del guarda-ropa de su casa.

Ya ven ustedes ¡cuántas cavilaciones! ¡cuántos enredos! ¡cuántos sacrificios por una hija! Y ¡cosa singular! mientras D.^a Mariquita tiraba así la casa por el balcon en obsequio de Adela, no se acordaba de Luisa ni para

comprarle un par de zapatos siquiera. ¿De qué procedía semejante parcialidad? ¿Era acaso por qué no tenía amante como lo tenía Adela? Pues ahí verán ustedes: cabalmente por qué lo tenía, era por lo que su madre la miraba con desden, y con algo más que desden; con aversión. Y era que D.^a Mariquita, que aun no se daba por jubilada en la carrera del amor, estaba compartiendo con su hija el cariño de un apuesto calaverilla, de un chico de finos modales y de hermosa presencia que frecuentaba la tertulia; y de ahí esa aversión, fruto de unos celos mal reprimidos; porque nuestro amante, como hombre á quien le sobraba corazón y le faltaba dinero, no tenía empacho en corresponder á entrambas mugeres á la vez; á la hija por aquello de gente con gente; y á la madre por la cuenta que le traía, pues ya se sabe que á parte del alfiler, de la sortijita y de su correspondiente reloj de oro, nunca le falta un napoleon, para apuntar á una sota ó á un *elijan*, á todo chico joven que se enreda en amores con una jamona. Y he aquí otra lima sorda que iba lentamente desgastando el reducido caudal de la casa, uniéndose á sus desastrosos efectos las socialinas de una antigua sirvienta, á quien era menester regalarla continuamente y dejarla campar por sus respetos para tenerla propicia, como depositaria que era de todas las trampas y secretos de su señora.

Pascual, así se llamaba nuestro ladino y disputado amante, era simpático de suyo á no poder más; tanto, que D. Pantaleon, prendado de sus buenas circunstancias, como suelen los maridos estarlo siempre de las que poseen los amantes de sus mugeres, concibió el pensamiento de casarlo con Luisa, y asociarlo á los asuntos de la casa para que le descansase, porque nada había ya que esperar de la conducta desastrada que llevaba Alfredo. Sin que se lo digamos, ya comprenderán nuestros lectores que semejante plan debió de ser, como lo fué en realidad, hábil y enérgicamente combatido por D.^a Marica, en cuyo pecho pudieron más los impulsos de una pasión criminal que los sentimientos del amor materno.

¿Creerán nuestros lectores, á vista de tamaño proceder, que D.^a Mariquita no tenía religión, ni cosa que se pareciese? Pues cabalmente sucedía con ella todo lo contrario, porque nadie más escrupuloso en punto tan importante. Se escandalizaba profunda-

mente al oír cualquiera palabra un poco libre, y tenía por un pecado de los mayores el quebrantamiento de la colación en días de abstinencia. Pues entonces, se dirá, esas dilapidaciones, esos robos, esos amores adúlteros, casi incestuosos ¿qué venían á ser á los ojos de esta muger tan susceptible? Oh! muy poca cosa: todos estos crímenes no eran más que *peccata minuta*; sútiles debilidades que tenían su parte de justificación, y de los cuales, tal vez por esto, no se acordaba siquiera de dar cuenta á su confesor, á cuyos pies iba á postrarse con bastante frecuencia.

Entre tanto se acercaba el día de la boda de Adela, y D.^a Mariquita se complacía anticipadamente en la idea de la satisfacción que iba á gozar en aquel venturoso día; pero ella no se acordaba de aquel refrán, de que el hombre propone y Dios dispone; y así sucedió que cuando menos ella esperaba, tuvo Dios á bien, en uso de sus omnímodas facultades, disponer de la vida del futuro esposo de Adela. Y como nunca una desgracia viene sola, tras de este infausto acontecimiento, vino á renglón seguido la noticia de una quiebra que afectaba extraordinariamente los intereses de la casa, y luego la notificación de la pérdida de un pleito de grande importancia, sucesos ambos que dejaban casi en la indigencia á D. Pantaleon, el cual, agoviado bajo el peso de tantos infortunios, tomó, para no soportarlo, la heroica resolución de morir, que es lo mejor que pudo hacer un hombre para huir de quebraderos de cabeza.

Inútil es decir el cambio de decoración, la transformación completa que se vió en la casa tras de esta funesta serie de desastres; pues todo el mundo ya conoce el valor que tienen los ofrecimientos hechos por la sociedad en tiempos bonancibles, cuando sopla el viento de la desgracia, cuando llega el día de la prueba. Aquellos salones en otros tiempos tan concurridos, quedaron completamente desiertos, y aquella familia tan acatada en días más venturosos, no halló por todas partes desde entonces más que indiferencia y abandono. Hasta el mismo Pascual tomó también el tole de la casa y se fué á probar fortuna por otros rumbos: es claro: concluido el dinero, acabado el amor.

Quedó el joven Alfredo al frente de los negocios de la casa; pero poco acostumbrado al trabajo y á la sujeción, cansóse bien pronto de entrambas cosas y de tener que bregar con

acreedores y curiales; y luego, so pretexto de ir á invocar el patrocinio de unos parientes acomodados, procuró poner mar entre él y su familia, y con algun dinero que pudo sonsacarle á su madre, últimos restos de una gran fortuna, se fué á América en donde el vómito negro le libró de la penosa tarea de tener que trabajar para vivir.

Pero ¿qué es eso, señores lectores? ¿Porqué se han puesto ustedes tan mustíos y mal humorados? ¿No creí que fuesen tan impresionables! Pero, vamos, tranquilícense ustedes, que no hay motivo para tomar la cosa tan á pechos; pues al cabo y al fin, nada mas comun que ver casas que se hundan, hombres que se mueren, y mugeres que se quedan pobres y desamparadas. ¿Aun no les hace á V. V. bastante fuerza esta reflexion para desimpresionarles? Pues vaya; sepan ustedes que toda esta historieta, es una mera invencion, un cuento mal zurcido por el desbalijado magin de

El Novelero.

ENTRADA DEL SEÑOR EN JERUSALEN.

POESÍA RELIGIOSA.

Seis dias antes de la Pascua, yendo por Betania Jesus hácia Solima, á su paso los pueblos acudiendo ignoran ha de ser quien los redima. Lázaro y sus hermanas con estruendo de algazara, al saber que se aproxima, salen á recibirle jubilosos entre ciegos curados y leprosos.

Sobre sus pies Maria derramando el mas costoso vaso de perfume, con sus cabellos ibalo enjugando, á dó el aroma limpido resume. Judas aváro, el hecho reprobando, los dineros calcula que consume, y encomia Jesucristo el don sublime que arrodillada Magdalena esprime.

De allí, nuestro Señor parte en seguida el monte á visitar de los olivos, do espera ver su voluntad cumplida legada á los discípulos activos. Del objeto causal de su partida el profeta anunciará los motivos «no temas, hija de Sion, (clamando) he aquí tu Rey sobre un asnillo entrando.»

Jesucristo eligió cabalgadura á la humildad ingénita adecuada, del que naciera sobre paja dura en misero pesebre esparramada.

Asi cumplimentóse la Escritura por el eterno espíritu dictada: y llegó con su asnillo una borrica, ni mas ni menos que el profeta indica.

Vá precediendo el ínclito esperado en la solemnidad de su carrera, sin número de pueblo congregado, que el *Hosanna* repite por do quiera. Quienes se agrupan férvidos al lado con verdes ramas de géntil palmera, quienes al paso tienden vestiduras porque sus plantas hóllelas seguras.

Mecense airosas palmas á millares entre demostraciones de alegria, y resuenan armónicos cantares que el eco de los montes repetia. No de otro modo en cívicos altares de un mundo al triunfador se incensaria, grabándose estruendoso en la memoria: «¡al Hijo de David salud y gloria!»

«Bendito el que se acerca á nuestros muros en nombre del Señor, bendito sea» exclamaban en cánticos tan puros como la aurora matinal se oréa. Hipócritas, imbéciles, perjuros, los secuaces de turba farisea, el encono redoblan concebido contra el célebre nombre del *Ungido*.

¿Quién es este, preguntanse admirados, que entra en Jerusalem con tanto fuero? ¿cómo es que en pelotones desbordados le sigue encomiador el pueblo entero? ¿Porque le reverencian los soldados dejando ante él su continente fiero, y uniéndose á la turba aclamadora secundan los aplausos sin demora?

En medio de su triunfo, con ternura vertiera el Salvador copioso llanto, sobre la asáz cercana desventura de la Santa Ciudad; del Templo Santo. Deploró su frenética locura que arrastróla obcecada sin espanto, á la consumacion; siempre ecsecrable del sangriento deicidio imperdonable.

A JESUS EN EL GÓLGOTA.

SONETO.

¡Allí está el Salvador! vedle clavao En el leño fatal! Envilecida Raza de Faraón, que has blasfemado La magestad de Dios; ¿Quien regicida, A Jesus en la cruz ha colocado? ¿Quien ¡ay! blandió la lanza enrogecida Y abrió del Hombre-Dios aquel costado Sin que su mano fuese destruida?

¡Tu fuiste pecador! ¡Tu el que elevaste
Del Gólgota en la Cumbre afrenta tanta!
¡Tu le pusiste aquella vil corona
Y á sus lívidos labios hiel llevaste,
Y le ataste un cordel á su garganta!...
¡Y aun es tu Salvador!... y aun te perdona!!!

A. Alceniz.

A LA MUERTE DE JESUS.

ODA.

Cúbrese de repente
de densas nieblas la region vacía;
altérase el ambiente,
y una gasa sombría
los rayos vela al luminar del día.

Rugen los aquilones,
emprendiendo al cruzar el ancho suelo
opuestas direcciones,
que en su encontrado vuelo
suben en torbellinos hasta el cielo.

La mar de Tiberiades,
á la voz del Señor siempre serena,
furiosas tempestades
libre desencadena,
traspasando sus límites de arena.

El raudal cristalino
del torrente Cedrón, mugiendo huye
por opuesto camino;
y el agua que refluye
cabañas, campos, y árboles destruye.

Los montes y collados
vacilan en sus sólidos asientos,
por la fuerza impulsados
de ocultos movimientos
al luchar entre sí los elementos.

Y de *Salém* la gente
cambia en temor su espíritu iracundo,
cuando aterrada siente,
con estupor profundo,
sobre sus ejes conmove el mundo.

Difundiendo el espanto
en la creyente grey, llena de celo,
que derramando llanto
mira con desconsuelo
del templo de Sion rasgarse el velo.

Saliendo cual vestigios
de las cerradas huesas los que muertos,
después de luengos siglos,
se levantan despiertos
con el sudario sepulcral cubiertos.

Rodando hasta el abismo
inmensas rocas, cuyo peso cede
al grande cataclismo
que en el orbe sucede,
y que la mente concebir no puede.

Que la naturaleza
horror inmenso por do quier imprime,
perdiendo su belleza;
y toda entera gime
viendo morir al Dios que nos redime.

A ese Dios soberano
fuente del sumo bien, luz de la vida,
que da al linage humano,
con su sangre vertida,
la salvacion eterna prometida.

Y sobre un duro leño,
en la cima del Gólgota elevado,
siendo del mundo dueño,
muere crucificado
por un pueblo feróz y despiadado.

Y las heces apura
completamente, de su amor movido,
del cáliz de amargura;
en mil partes herido
y entre tormentos mil escarnecido.

Llegando á tal extremo
la rabia ciega de la turba impía,
que al Arbitro supremo,
con bárbara porfía,
no deja de insultar en su agonía.

A ese Dios que del yugo
nos libró de Satán, y pide tierno
para tanto verdugo,
no el rigor del infierno,
sinó perdon completo al Padre Eterno.

¡Oh clemencia infinita!
¡Misericordia inmensa... inagotable!
Feliz de aquel que imita
bondad tan inefable
en este mundo triste y miserable!

Porque sin tí no es nada,
Rey de reyes, Señor de los señores,
la riqueza apreciada,
la ciencia y los honores
de este valle de llanto y de dolores.

Y es tan solo humo vano
la dicha que la tierra nos presenta,
y el vendaval insano
por el espacio aventa
al rugir de la muerte la tormenta.

Residiendo la calma,
siempre incompleta aquí, siempre ilusoria,
cuando ya libre el alma
sube ¡oh Dios!, á tu gloria,
al dejar esta vida transitoria.

F. P. Varela.

Directores. } D. PEDRO DE PRADO Y TORRES.
 } D. FRANCISCO P. VARELA.